

Dios: una creación humana, una mirada desde la filosofía de Ludwig Feuerbach

Resumen

Dios ha estado siempre presente en la historia del pensamiento, por eso el hombre persistentemente ambiciona develar qué es la divinidad; aquel ser supremo digno de adoración y a quien se otorga la creación de toda existencia, así, en la religión el hombre existe exclusivamente por voluntad divina. Ludwig Feuerbach en *La esencia del cristianismo* ofrece una mirada distinta sobre el origen de la divinidad y su relación con el sujeto, argumentando que Dios es simplemente la objetivación consciente que el hombre realiza de sus cualidades finitas, al exteriorizar su propia esencia y objetivarla como la esencia de otro ser. Así, Feuerbach limita la religión a lo subjetivo, exalta el sentimiento humano como lo esencial en el acto religioso y sostiene que cuando el hombre se relaciona con Dios, solamente se relaciona en consigo mismo.

Palabras clave: Dios, hombre, Feuerbach, religión, antropología.

Summary.

God had always been present in the thought's history; that is why man persistently seek for unveiling what is divinity, that Supreme Being worthy of adoration and who is granted the creation of everything; thus, as religion stated the man only exist for divine will. Ludwig Feuerbach in "*the essence of Christianity*" offers a different view about the divinity origin and its relationship with the subject. He argued that God simply is the consciousness objectification that the human being do about his/her finite qualities, by externalizing his/her own essence and objectifying it as the other being essence. Feuerbach limits religion to the subjective, he exalts the human feeling as the essential in the religious act and he points out that when the man relates with God, he only is related with himself.

Keywords: God, man, Feuerbach, religion, anthropology.

Introducción

La relación más íntima que el hombre tiene se expresa en la religión, Dios es el ser que siempre ocupa sus pensamientos, es quien expresa la esencia de la humanidad, por eso la intención por develar lo que Dios significa se ha manifestado perennemente; es el ser a quien se le otorga la creación de cada existencia, es decir, en la religión el hombre existe exclusivamente por voluntad divina. La presente investigación expone cómo Ludwig Feuerbach en *La esencia del cristianismo* presenta una perspectiva diferente acerca de la relación entre el hombre y Dios, argumentando que el ser supremo es solamente el ser exteriorizado y objetivado del humano y que el único secreto de la teología es la antropología. En efecto, se expondrá porque para Feuerbach (2013) la religión es absolutamente humana, pues ella se funda en la conciencia que tiene el hombre sobre su

existencia limitada e imperfecta; conciencia que lo libera de la particularidad de individuo y lo lleva a percibir la infinitud del género humano, además, el origen de Dios tiene como principio el deseo humano; él surge tras el afán de infinitud y perfección que nace en el hombre. Así, la religión solo tendrá sentido y existencia en el ser humano, más exactamente en su sentimiento e imaginación; pues al ser consciente de su ser limitado e imperfecto imagina un ser que contenga la infinitud y perfección que le faltan, ese ser es Dios. En consecuencia, Feuerbach exalta el campo de la subjetividad en la religión, pues según él, el hombre religioso vive sumergido en el sentimiento y la imaginación, en contravía con la objetividad de la razón; afirma a Dios al mismo tiempo que niega la naturaleza, por eso, Dios es un ser que se acomoda a las peticiones humanas, un ser que refleja la esencia objetivada del sentimiento. La preferencia que Feuerbach tiene hacia el sentimiento en el ámbito religioso se debe a la elección que éste realizó, entre la controversia que se presenta entre Hegel y Schleiermacher, en donde se discute si la religión debe tener una reflexión que permita hablar de ella racionalmente o, si ésta solo es asunto de sentimiento, o sea, una realidad autónoma. En efecto, se constatará que es la propuesta de Schleiermacher por la que opta Feuerbach para realzar el sentimiento humano a tal punto que es el hombre es el creador de Dios.

En el primer apartado, precisamente, se exponen las posturas de Hegel y Schleiermacher para analizar la controversia en cuanto al concepto de religión, y así, esclarecer la influencia que estos dos autores tienen sobre Feuerbach, paso seguido, en el segundo apartado se presenta la postura feuerbachiana para concluir que la religión recae en el campo de la subjetividad y que Dios es un ser que tiene existencia únicamente en el sentimiento y la imaginación, pero no en la razón.

1. La religión según Hegel y Schleiermacher

La filosofía de la religión floreciente en Alemania en el siglo XIX se desarrolla en medio de una controversia fundamental para la comprensión del acto religioso, a partir de la confrontación entre Hegel y Schleiermacher: para el primero, la religión es un proceso que consta de dos etapas fundamentales, la primera se presenta en el sentimiento y en la segunda tiene lugar el pensamiento, de modo que el hombre se eleva desde la primera etapa, hacia un conocimiento conceptual de la religión. Para el segundo, la religión es absoluto sentimiento y tiene como principio fundante, la intuición, que es inmediata y completamente subjetiva. Schleiermacher (1990) sostiene que no debe racionalizarse el sentimiento de infinitud o coartar el actuar del hombre a través del poder de la ley, ya que, si así fuese, no se estaría en el ámbito de la religión sino de la metafísica y la moral. A continuación, se presenta la consideración religiosa que ofrecen los dos pensadores en disputa, al igual que los aspectos en los que colisionan sus teorías. Primero se expondrá la postura hegeliana, para darle paso a lo dicho por Schleiermacher.

1.2 Hegel: el concepto de religión.

Para Hegel (1984) el concepto de religión debe entenderse desde dos aspectos fundamentales, uno objetivo y otro subjetivo. El primero comprende a Dios, el objeto de la religión en cuanto tal; el segundo tiene lugar en el hombre que se relaciona con el objeto, es decir, la intuición o sensación religiosa. Así, en el concepto de religión no solamente existe un estudio de Dios como forma de entendimiento, sino que, además, se estudia la relación del hombre con el concepto de Dios, la conciencia en cuanto subjetividad pura. En efecto, según Hegel (1984), el objeto de la religión es Dios, el altísimo y absoluto, la totalidad que es independiente e ilimitada, o sea, decididamente libre, aquello que encuentra su determinación en sí mismo y es completamente autosuficiente. Dios es el objeto del cual se desglosan todas las cosas, es la inauguración de cada particular, él es el soplo que da origen, además, es el objeto en el que se desvanecen las cosas particulares, el fin último de todo. Por eso, ocuparse de Dios es el quehacer más significativo del hombre, el conocimiento más trascendental que puede conseguir, su ocupación primera y única, un ocuparse de la sustancialidad absoluta, en el que el hombre se desliga de la finitud y de lo defectuoso del mundo sensible para percibir lo eterno. En consecuencia, la religión es el campo más inestimable y valioso que el hombre tiene, es aquello que no puede significar otra cosa que la verdad eterna. A saber, “La región en la que han sido resueltos todos los enigmas del mundo, todas las contradicciones del pensamiento, todos los dolores del sentimiento – la región de la verdad eterna y del reposo eterno” (Hegel, 1984, p. 3).

1.1.2. La religión y su primer momento: el sentimiento

La singularidad que se desdobra en la experiencia, es un momento esencial para la religión, pues el hombre está determinado a sentir, es por eso, que el sentimiento es la primera etapa de religiosidad, es la impresión inmediata en la que el hombre cree percibir lo divino. Es así como la religión en el campo de la subjetividad, es decir, en lo mero singular, es el primer momento, el inicio del proceso religioso, pues es la determinación subjetiva del hombre la que aviva el sentimiento religioso. En efecto, se puede considerar en principio que la religión existe y depende únicamente de la inmediatez de la realidad, el conocer de Dios no escapa de lo absolutamente subjetivo, la esencia y verdad de la religión únicamente son sentidas, lo que implica que cada sujeto tenga una definición de lo divino, de modo que la veracidad que tendría dicha definición tiene su hogar en el sujeto y su sentimiento. Pero según Hegel (1984), convertir el aspecto subjetivo en lo único y verdadero de la religión, a saber, hacer depender la religión del mero sentir humano, significa percibir solo lo inmediato y más aparente de lo divino, visto que allí, no se logra una reflexión acerca de Dios, no se tiene un conocimiento sobre la esencia divina y por lo tanto no se percibe la religión en su totalidad.

Tal es el modo de pensar de nuestra época; la religión es un apuntar a Dios, un sentir, un hablar y un rogar dirigidos hacia El, pero un HACIA EL que <para ellos es un cero, disparar al aire>, que a la vez significa que no

conocemos nada de El, que no conocemos ningún contenido de El, de su esencia y naturaleza (Hegel, 1984, p. 94)

En consecuencia, el sentimiento por sí solo es insuficiente para abarcar la totalidad religiosa, visto que desde la perspectiva exclusivamente sensible no existe meditación sobre Dios, no hay interferencia del pensamiento para develar el sentido divino, en otras palabras, no existe la intención de conocer racionalmente la religión. La razón de lo anterior es porque el sentimiento es apenas la etapa inmediata de la religión, lo que significa que el hombre se encuentra a medio camino del proceso, pues carece del aspecto objetivo que se refiere a lo concreto e ilimitado, aquello que abarca el mundo natural y espiritual, lo que es verdadero en sí y para sí (Hegel, 1984). A saber, en el sentimiento el hombre aún no tiene conciencia de la sustancia absoluta que en inicio es opuesta a su ser en tanto objetividad pura, pero que al mismo tiempo es lo vinculante con el sentido verdadero de la religión, es decir, con lo universal e ilimitado de Dios. De ahí que, a pesar de la condición ineludible de la subjetividad, esta es, a la vez, incompleta y nula sin el aspecto objetivo, pues sin este último, se niega la posibilidad de explorar lo verdadero en la religión, de pensarla y conocerla racionalmente, y es allí, en la ausencia de razón, en donde solo se percibe lo más aparente y exterior de lo divino. Entonces, la religión no solo tiene una necesidad de sentimiento también una necesidad de reflexión, puesto que para Hegel el hombre se caracteriza por ostentar conciencia y pensamiento “aquellos a quienes se les ocurrieron tales religiones son hombres; por tanto, ahí debe existir alguna razón” (1984, p. 101). Por tal motivo, imposible es, que la religión exista al margen de la razón, que lo divino no ocupe los pensamientos del hombre, ya que si él se encuentra determinado por el sentimiento en la experiencia, así mismo posee intrínsecamente racionalidad, posee conciencia, su espíritu es esencialmente conciencia.

Con todo lo anterior, se vislumbra que los dos aspectos o momentos esenciales de la religión, subjetividad y objetividad tienen una misma relevancia, a la vez que una colisión ineludible, pues su oposición al igual que su unidad son necesarias para el punto de vista religioso, visto que es ese ir y venir del espíritu, ese transitar desde lo inmediato hacia lo ilimitado y absoluto, lo que conlleva a una comprensión total de la religión.

1.1.3 El salto intelectual en la religión

En la experiencia, el espíritu está inicialmente sumergido en la singularidad, es determinado por el límite y la finitud del mundo sensible. Y, como el espíritu es esencialmente conciencia, debe percibir esta subjetividad como su objeto propio, saber que está determinado de modo empírico. Así, en la conciencia de su existencia sensible, el espíritu debe intuir a Dios como lo totalmente inverso, como lo contrario a su determinación inmediata y limitada, de tal manera que Dios solo signifique lo objetivo e infinito, el objeto del espíritu y fin último

del hombre. Así, el espíritu se sabe subjetivo, es consciente de su finitud, luego, representa la esencia de Dios como lo opuesto a su ser, allí la divinidad es lo absoluto, perfecto y objetivo. Pero, la representación de Dios, o sea, el pensamiento religioso de Dios implica necesariamente un desprendimiento de todo lo inmediato y limitado, un abandonar lo subjetivo. Por ejemplo “una elevación, reflexión, un transitar desde lo inmediato, sensible y singular – porque lo inmediato es lo primero, y por eso no implica una elevación” (Hegel, 1984, p. 109). En la elevación, el hombre da un salto a través de una meditación que lo lleva al conocimiento intelectual de la religión.

1.1.4 El hombre, sentido y existencia de la religión

La religión existe únicamente para el humano, existe bajo la diferencia fundamental que se presenta entre el hombre y el animal, o sea, la religión tiene lugar solamente en la conciencia, en el pensamiento que es idiosincrásico del hombre, él es quien da sentido y vida a lo religioso. Es el hombre quien posee la conciencia, la razón que es aspecto esencial para lo religioso, visto que solo en el pensar Dios tiene existencia. Por eso, negar la supremacía de la razón en tanto comprensión de lo divino es una falacia, un error nefasto que impide el conocimiento celestial, a saber “Dios existe solamente en y para el pensar. Por eso solamente el hombre tiene esencialmente religión; el animal tiene sensación y sentimiento, pero el hombre se diferencia del animal por el pensar y por éste tiene religión” (Hegel, 1984, p. 111). Así, en el pensar tiene fundamento la religión, ya que solo bajo la racionalidad se abarca la totalidad de Dios, aquello que lleva al contenido verdadero de la religión. Es por eso que, según Hegel (1984), reconocer el sentido verdadero, inicia con reconocer como humano el inicio y la fuente de la religión.

Como se ha mostrado, la religión tiene dos momentos esenciales, uno subjetivo y otro objetivo, su relación en un principio es de oposición, allí el espíritu subjetivo percibe a Dios como lo diverso de sí mismo, después la relación es de unidad, visto que la representación de la esencia divina implica que el espíritu se desprenda de lo inmediato para elevarse hacia el absoluto. Entonces, el aspecto subjetivo es tan importante como el objetivo, ambos son totalidades únicamente porque están configurados uno dentro del otro. Pero, ante todo, la relación de ambos aspectos en la religión, aquello que hace posible la existencia de dicha relación, es el hombre, en efecto, “La relación de ambos aspectos de esta determinación soy yo mismo en la religión. Yo pensante y yo sujeto inmediato somos un solo mismo yo” (Hegel, 1984, p. 113). El hombre es lo esencial en la religión, él no solo se compone de los dos aspectos, sino que es quien los congrega, quien sufre la oposición y quien finalmente los unifica. Así, el hombre en la existencia está sumergido en el mundo natural, es plena autoconciencia finita, se encuentra determinado a la mera sensación. Pero, en el pensamiento él es conciencia infinita, se eleva por encima de todo lo finito hacia lo absoluto, se encuentra en la intuición y representación que tienen un contenido objetivo. En efecto,

los dos aspectos están contenidos en el hombre y la relación de los mismos es la unidad esencial entre saber infinito y existencia finita. Con todo, se tiene que el hombre en la religión se determina solo frente a sí mismo, visto que en la sensación es consciente de la oposición que tiene con la divinidad, es consciente de la finitud que le cubre naturalmente, pero a la vez, sabe de la sustancia absoluta e infinita, así, “yo me determino a mí mismo como infinito frente a mí como finito, y me determino como conciencia finita frente a mí – a mi pensar y conciencia- en cuanto infinito” (Hegel,1984, p.113).

1.2 Schleiermacher: el concepto de religión

1.2.1. El objeto de la religión.

Para Schleiermacher (1990), la religión se sitúa exclusivamente en el ánimo del hombre, ella existe en la intuición inmediata, en el sentimiento particular, de ahí que su objeto sea la relación que tiene el hombre con el universo. Según el pensamiento schleiermachiano, el objeto de la religión es igualmente el objeto de la metafísica y la moral, hecho por el cual, se relaciona de una manera íntima lo religioso con estas dos actividades, a saber “de ahí que la metafísica y la moral hayan penetrado masivamente en la religión y que mucho de lo que pertenece a la religión se haya ocultado, bajo una forma inapropiada, en la metafísica o en la moral” (Schleiermacher, 1990, p. 29). Por eso, la semejanza con que se puede percibir la relación que tiene la religión con la metafísica y la moral, por el motivo de que las tres comparten el mismo objeto de estudio, es según Schleiermacher, un error común y nefasto con el que solo se logra la deformación de la esencia de la religión.

En consecuencia, la religión se diferencia substancialmente de la metafísica y la moral, en tanto que la primera es asunto de intuición y sentimiento, mientras que, la otras dos se determinan por el pensamiento y la acción. Entonces, a pesar de que estas tres actividades se asemejan en su objeto de estudio, la forma en que se relacionan con él las diferencia fundamentalmente. Así, la metafísica clasifica y divide el universo en diferentes seres, investiga y explica las causas y el fin de las cosas que existen, extrae de sí misma la realidad del mundo y sus leyes de acuerdo con su naturaleza (Schleiermacher, 1990). Por su parte, la moral, partiendo desde la naturaleza del hombre y su relación con el mundo, diseña un sistema de deberes y código de leyes para que éste cumpla, ella coacciona la acción del hombre con el poder de la ley. Se nota pues que en la primera la relación con el objeto es mediatizada por el pensamiento, y que en la segunda se coarta la acción del hombre, sin embargo, para Schleiermacher (1990) la religión debe rechazar la labor de formular verdades, pues allí se perdería en una inmensidad de razones y deducciones, además, tampoco es propio de esta limitar la acción del hombre a través de los códigos morales. La religión debe recogerse en la intuición que percibe lo divino por sí misma, sin ser mediatizada por nada. Así se muestra a continuación:

ella no pretende, como la metafísica, explicar y determinar el Universo de acuerdo con su naturaleza; ella no pretende perfeccionarlo y consumarlo, como la moral, a partir de la fuerza de la libertad y del arbitrio divino del hombre. Su esencia no es pensamiento ni acción, sino intuición y sentimiento. (Schleiermacher, 1990, p. 35).

Entonces, la religión toma posesión de su contenido, solamente cuando se distancia de la metafísica y la moral, renunciando a las pretensiones racionales y por tanto confusas de la primera y desistiendo de las presunciones coactivas y limitantes de la segunda, para así regocijarse en lo verdadero de su esencia, aquello en lo que únicamente encuentra su refugio: el sentimiento.

1.2.3 La religión: intuición y sentimiento

Según lo anterior, la religión es una realidad autónoma que tiene su única y verdadera expresión en el hombre; él y su intuición son la morada sublime de la religión, pues ella se concentra en las experiencias inmediatas y en los sentimientos particulares, o sea, contempla justamente el estado de ánimo del hombre. El sentimiento es la esencia de la religión, es su contenido fundamental y verdadero, aquello en lo que el hombre vivifica el ansia de intuir la divinidad, en donde él descubre el sentido y gusto por lo infinito (Schleiermacher, 1990). Así, la religión se condensa en la singularidad de lo inmediato, visto que la intuición es la fórmula universal y más elevada que esta posee, a saber, es su forma y esencia, pues en ella, se suscita no solo el origen de lo religioso, sino, además, tiene lugar la relación de lo finito con lo infinito. Entonces, la religión se funda en la existencia de lo particular, en lo inmediato de la intuición, es decir, el contenido verdadero que ostenta se expresa en un absoluto subjetivismo. Para el pensamiento schleiermachiano, representar todas las eventualidades del mundo como obra de un Dios, hacer depender de él cada forma de existencia y reconocer todo lo que se extiende en el espacio y en el tiempo como su labor, significa tener religión (1990), pues allí, se evidencia la relación de lo particular con el todo, con el infinito, en tanto que, se entiende que cada cosa particular es una manifestación del todo. Como ya se mencionó, la relación con lo divino existe únicamente en el sentimiento, en la inmediatez de la intuición, en lo plenamente separado y esencialmente subjetivo.

1.2.4 La intuición del universo

La sensibilidad en la que se desenvuelve el existir, las experiencias inmediatas que conlleva a la intuición del universo son el hogar en que descansa la esencia de la religión, es decir, que en lo individual nace el sentimiento de lo infinito, pues la intuición es absolutamente particular, ella permanece siempre separada, es la percepción inmediata que no se unifica con nada, que se niega a ser conjuntada en un todo, pues de lo contrario no sería asunto del

sentimiento sino del pensamiento abstracto. Por consiguiente, según Schleiermacher (1990) la religión no debe poseer una sistematización de sus modos particulares, no debe haber una conexión o unificación entre las experiencias singulares, es decir, no debe existir una unificación en cuanto a la consideración de la religión, pues el principio fundante en el que ésta existe, que no es otro que la intuición, es principalmente inmediato y subjetivo, lo que implica que puedan existir diferentes puntos de vista para considerar el universo y que cada espíritu se represente su propio mundo espiritual: “Vosotros no podéis afirmar que vuestro horizonte, incluso el más amplio, lo abarque todo, y que más allá de él no haya nada más que intuir o bien que a vuestra mirada, incluyendo la más penetrante, nada se le escape” (Schleiermacher, 1990, p. 42). Por eso, la religión no puede pretender formular verdades absolutas, es decir, clasificar las intuiciones que se tienen del universo para establecer un sistema rígido y unificar todos los puntos de vista que surgen del sentimiento, además, la religión no intenta ubicar a aquellos que creen y sienten bajo una misma fe (Schleiermacher, 1990). Con todo, se tiene que en la religión el hombre percibe lo infinito por medio del sentimiento, un sentimiento que expresa y mantiene en su espíritu y en el cual debe regocijarse con implacable paciencia y plena tranquilidad, sin pretender llegar más lejos de su sentir, o sea, sin aspirar a conocer a través del pensamiento la religión.

Resumido, se tiene que, para Hegel, la religión debe ser comprendida como un proceso en el que, si bien existe un sentimiento como primera relación de lo humano con lo divino, también debe existir un conocimiento racional que permita otorgar un concepto a la religión. Para Schleiermacher, la religión debe existir únicamente en la intuición y sentimiento del hombre, lo infinito solo puede ser percibido desde lo subjetivo e inmediato, hecho que no permite que se pueda tener una consideración unificada acerca de la esencia de la religión.

2. El hombre, Dios y una misma esencia: la perspectiva feuerbachiana.

2.1 Antropologización de la religión.

La controversia que se presentó anteriormente entre Hegel y Schleiermacher, es fundamental para entender el rumbo que toma el pensamiento de Ludwig Feuerbach. La influencia que los dos filósofos antes mencionados tienen sobre Feuerbach es notable, pues él fue alumno de ambos. Reconociendo, antes que nada, la religión como algo enteramente humano, Feuerbach decide resaltar el campo de la subjetividad, por eso, le da prioridad al sentimiento en la religión, es decir, opta por el pensamiento de Schleiermacher. Así, para Feuerbach (2013) la religión es la relación del hombre con su yo mismo, la concordancia con su propia esencialidad y tiene fundamento en su conciencia. Por esto, el acto religioso¹ es perteneciente únicamente al individuo y, en ese caso, exclusivo de la humanidad.

La conciencia es la propiedad que diferencia al hombre del animal, el cual, a diferencia de aquel no reconoce los límites que le atan al mundo sensible, al poseer más bien, instinto que conciencia. Por el contrario, el hombre posee razón, capacidad que le permite ser reflexivo en cuanto a la finitud e imperfección que como individuo significa, es decir, ostenta conciencia. En dicha capacidad el hombre funda la religión, visto que la conciencia es la primera y más determinante propiedad que posee el hombre, es la piedra angular de su esencialidad, será, entonces, el cimiento del acto religioso. En la religión el hombre exterioriza su propia esencia, revela su interior, confiesa a Dios sus secretos más íntimos, declara sus pensamientos de amor (Feuerbach 2013). Por esa razón, la conciencia es la manera como el individuo se relaciona con la humanidad, es la forma en la que el hombre se hace consciente de la infinitud de la conciencia humana, por eso “la religión es la conciencia de lo infinito; es y solo puede ser la conciencia que el hombre tiene de su esencia, no finita y limitada, sino infinita” (Feuerbach, 2013, p. 54).

Para la filosofía feuerbachiana, la religión es intrínseca al individuo, es algo que está dentro de su ser, es el más íntimo y sublime de todos los objetos², a diferencia del objeto sensible, que es ajeno a la facultad del juicio y por lo tanto existe por sí mismo, el objeto religioso exige al hombre un juicio crítico fundamental, que consiste en diferenciar lo que es digno o no de adoración, es decir, lo divino de lo no divino. Pero, la enunciación de que la religión es intrínseca en el hombre, es verdad únicamente, si por religión se entiende el sentimiento o la conciencia que tiene el hombre de no deber su existencia a sí mismo, es decir, un sentimiento de dependencia, sin embargo, dicha declaración es completamente falsa, si se concibe por religión las diferentes formas de teísmo. Entonces, para Feuerbach (2005), la religión no surge como la creencia y la fe en un Dios sobrenatural o místico, sino que nace como una necesidad humana, como la conciencia que tiene el hombre de no existir por sí mismo.

2.2 La religión, una necesidad humana

Desde una perspectiva histórica, Feuerbach (2005) sostiene que las primeras manifestaciones religiosas en el hombre son ya la dependencia que este siente hacia lo que le permite preservar su vida, es decir, el hombre tiene una preocupación constante que le lleva a necesitar una explicación de su existencia. El bienestar que los entes naturales ofrecen es la explicación inmediata que el hombre encuentra, razón por la cual diviniza y adora los elementos que la componen justo en el lugar en que habita, de tal manera que “la religión hace profesión de lo que soy; y lo que soy ante todo es un ente que no existiría sin luz, sin aire, sin agua, sin tierra, sin alimento, esto es, un ser por entero dependiente de la naturaleza” (Feuerbach, 2005, p. 24) Así, el hombre que atribuye su ser, no a la universalidad de la humanidad sino a la tribu o al pueblo al que pertenece, venera como

entidades divinas, los ríos, los árboles, los montes, los animales, a los que eleva sus oraciones, constituyéndose en la naturaleza, la esencia y existencia de aquel hombre de tribu. (Feuerbach 2005). Por lo tanto, los elementos naturales son intuitos por el hombre como expresiones de Dios, percibidos como manifestaciones divinas que, permiten la subsistencia de la humanidad. En efecto, señala Feuerbach (2005), los Aztecas tenían un Dios de la sal que adoraban, pero lo que en realidad divinizaban eran las propiedades virtuosas que encontraban en la sal, es decir, lo favorable y provechoso de esta. La esencia divina que se manifiesta en la naturaleza no es otra en realidad que la naturaleza misma, por lo tanto, la divinización que el individuo realiza de los elementos naturales se da gracias a que él mismo encuentra prosperidad y beneficio para sí en la naturaleza. En consecuencia, la naturaleza es el primer Dios del hombre. Un estudioso contemporáneo como Mircea Eliade (1999), siguiendo el estudio de Kramer, afirma sobre los orígenes remotos de la religión lo siguiente:

Las primeras noticias sobre cierto número de instituciones, de técnicas y de concepciones religiosas se han conservado en textos sumerio. Se trata los primeros *documentos escritos*, cuyos originales se remontan al tercer milenio. Pero esos documentos reflejan con seguridad unas creencias religiosas mucho más antiguas (Eliade, 1999, p. 89)

En los fragmentos que se conservan se pone en manifiesto las primeras prácticas religiosas: “Desde la más remota antigüedad, el emblema divino era la tiara de cuernos. Esto significa que, en Sumer, como en el resto del cercano oriente, el simbolismo religioso del toro, atestiguado a partir del Neolítico, se había transmitido sin interrupción” (Eliade, 1999, p. 90). La divinidad tiene aquí un significado de fuerza y de alcance espacial, en tanto que el mugido del toro resonaba en el espacio y era asimilado con el trueno del cielo (Eliade, 1999). Se sabe, además, que los escritos sumerios reflejan la intención de clasificar los seres divinos, así, por ejemplo, se conoce la llamada tríada de los grandes dioses, constituida por An, Enlil y Enki. Las tres divinidades son representadas por elementos naturales, lo que significa que el hombre, desde sus inicios, piensa a Dios en relación directa con la naturaleza. Así, An es el cielo, Enlil es la atmosfera o el gran monte y Enki es el señor de la tierra o Dios de los cimientos, además, la cosmogonía sumeria narra sobre la diosa Nammu, madre que engendró el cielo y la tierra, abuela de todos los dioses (Eliade, 1999), la cual representa el mar, las aguas primordiales. Por consiguiente, la naturaleza es el primer ente que el hombre diviniza y adora, pues los dioses que son responsables del funcionamiento del mundo y de la existencia humana son representados por componentes naturales. Con todo lo anterior, se establece que la religión es un acto que está unido al hombre y a su historia y que, el individuo es quien da origen a la divinidad.

2.3 La conciencia, el alba del acto religioso

La religión tiene existencia, según Feuerbach (1993), únicamente cuando el hombre ha reconocido la muerte como una verdad real y total. Cuando el hombre se hace consciente

de que su existencia se limita a la vida sensible y reconoce la muerte como el verdadero fin es cuando se funda la religión, pues esta existe solamente bajo la conciencia de la finitud del individuo, de esa manera “los individuos reconocen sobre sí a un Dios para poseer en él un espacio infinito para poder expandir y extender su limitada, particular y miserable individualidad por toda la eternidad, sin impedimento” (Feuerbach, 1993, p. 77). Como se mencionó, la conciencia es lo absolutamente esencial en el hombre, en primer lugar, el individuo es consciente de la infinitud de la esencia humana, o sea, prescinde de los límites subjetivos para percibir lo ilimitado en la objetividad del género, en segundo lugar, asume la fatalidad de la muerte, la cual le lleva a reconocer los límites y la imperfección de su mortalidad. En la declaración de su existencia imperfecta, el hombre imagina un ser que pueda contener la perfección y la infinitud que le faltan, un ser en el cual descubra la mayor expresión de su yo mismo, que lo libere de los molestos impedimentos de la vida sensible, ese ser es Dios.

Según lo anterior, Dios es la objetivación que el hombre realiza de sus cualidades antropológicas, ya que la divinidad contiene los mismos predicados del humano, solo que la perfección e infinitud que involucra lo divino, hace que dichos predicados tengan el grado *infinitamente más alto*, lo que es totalmente opuesto al grado reducido que presentan las propiedades humanas (Feuerbach 1993). Se entiende entonces que la muerte es la liberación del ser limitado, dado que, con ella, se logra la unión de lo particular con lo general, de lo finito con lo infinito, de modo que el hombre limitado se desvanece en la infinitud de Dios y se adhiere a la totalidad divina. Lo anterior tiene sentido para Feuerbach (1993) en que antes y después de la vida sensible todas las cosas particulares se encuentran contenidas en la infinitud de Dios; en efecto, Dios es el ser que contiene al hombre antes de su vida sensible, además, es el ser en el cual el individuo se consume con la llegada de la muerte. Por consiguiente, hombre y Dios se encuentran en una conexión eterna, una eternidad que existe antes y después de la vida, pues Dios es el fundamento del carácter pasajero de toda existencia (Feuerbach, 1993).

Pero como se viene mostrando, la esencia de Dios es la misma esencia humana apartada de los límites de la corporeidad, así, el hombre, en su afán de infinitud y perfección da origen a Dios al exteriorizar su propia esencialidad y la ubicarla en un ser diferente de sí mismo, un ser en que él refleja su esencia y en el que objetive sus cualidades más intrínsecas, para hacerlas perfectas e infinitas.

El hombre es quien piensa, cree y tiene conciencia. Por eso, filosofía y religión son idénticas en el hombre. Las imágenes que la religión expresa son necesariamente pensamientos, toda creencia manifiesta, por lo tanto, una forma de razonamiento (Feuerbach, 2013). No obstante, existe un principio de colisión entre filosofía y religión, que parte de la diferencia entre razón y fe, ya que la primera percibe el mundo de una manera objetiva y se rige por las leyes de la naturaleza, es decir, de lo posible; mientras que, con la fe, el hombre elimina la naturaleza y, desde su perspectiva subjetiva de la realidad, omite las leyes naturales y lo

posible en el mundo, visto que así, consigue lo imposible en el mundo material y alcanza aquello que solo Dios puede concederle. Por eso, a pesar de que es el hombre religioso quien contiene el entendimiento y la creencia, es fundamental distinguir las dos facultades en el sentido ya explicado.

2.4 Hombre y Dios en el cristianismo

El hombre busca encontrar su esencia en Dios, es decir, el hombre busca su esencia fuera de sí, antes de encontrarla en sí mismo (Feuerbach, 2013). La religión tiene su fundamento en la carencia del hombre para ser consciente de que su autoconciencia es la conciencia de Dios, o sea, en la carencia del hombre para identificar su conciencia con la conciencia de Dios, en otras palabras, la no identidad entre la esencia humana y la esencia divina:

La religión, la conciencia de Dios, es definida como la autoconciencia del hombre, esto no lo debemos entender como si el hombre religioso fuera directamente consciente de que su conciencia de Dios es la autoconciencia de su esencia, pues la carencia de esta conciencia constituye justamente la esencia de la religión (Feuerbach, 2013, p. 65).

La carencia humana de ser consciente de su yo creador, en efecto, su olvido respecto a su actividad creadora, generada por la inconformidad con su ser, es, por lo tanto, el argumento religioso que utiliza el cristianismo para separar a Dios del hombre. Así se expone a continuación:

Para la religión cristiana el hombre y Dios tienen una oposición ineludible, son dos seres absolutamente contrarios, dado que existe una diferencia profunda entre las cualidades de cada ser. En primer lugar, contando con la diferencia natural entre el hombre y Dios, deducida de la finitud que es el individuo, el cristianismo señala además que, el hombre es un ser pecaminoso, injusto, corrompido, falto de sabiduría, dice San Pablo “sepulcro abierto es su garganta, con sus lenguas urden engaños; veneno de áspides hay bajo sus labios” (Romanos 3:9 Nacar-Colunga). Se nota pues que el hombre es imperfecto tanto en su ser como en sus acciones, por el contrario, Dios es perfecto e infinito, santo y bondadoso quien con su gracia redimió los pecados de los hombres a través de la muerte de su hijo *Jesús*. Por ello, el cristiano no glorifica quien es intrínsecamente, es decir, no se vanagloria de su propio ser, sino que glorifica y alaba a Dios porque es él quien con su gracia ha redimido al hombre.

Con el protestantismo no se modifica la oposición entre el hombre y Dios, sino que se adopta tal ideal. Así, Dios en el luteranismo considera al hombre como lo totalmente contrario a su ser, según argumenta Lutero “Dios es eterno, justo, santo, verdadero y, en suma, todo lo bueno. Por el contrario, el hombre es mortal, injusto, mentiroso, lleno de vicios, pecados y perversidad” (Lutero, citado por Feuerbach, 2007, p. 4). Dios continúa siendo aquello que el hombre no es. El ser de la divinidad es un ser incompatible con el ser del hombre. En consecuencia, el hombre en la religión cristiana se encuentra absolutamente separado de su Dios, de tal manera que la fuerza y la afirmación de lo divino

están necesariamente ligadas al debilitamiento y la anulación de lo humano. Así por ejemplo lo manifiesta Lutero cuando escribe un manifiesto dirigido a la cristiandad alemana en el año 1520. En este se afirma que la acción a ejercer para la reforma de la religión, es una acción que debe renunciar a la fuerza propia del hombre, inclusive a la razón, de ahí que Lutero diga “Dios no puede ni quiere tolerar que se comience una buena obra con la confianza puesta en la propia fuerza y razón” (Lutero, 2001, p. 6), debe entonces el hombre desistir de la fuerza de su ser, debe reconocerse como débil para proceder con la humildad y la confianza de Dios (Lutero, 2001). De lo anterior se deducen dos pasos primordiales para el fundamento religioso. El primero, el reconocimiento que el hombre tiene sobre su existencia limitada, lo que inevitablemente desemboca en la objetivación de sus propiedades antropológicas y la concepción de su esencia como la esencia de otro ser. El segundo; el señalamiento que la religión hace al hombre como un ser pecaminoso y malo por naturaleza, incapaz para la bondad. En el primer paso se da la separación de la esencia humana con la divina, en el segundo tiene lugar la oposición entre hombre y Dios.

2.5 Separación del hombre y su yo mismo

La filosofía feuerbachiana (2013) considera que la separación que el cristianismo realiza entre Dios y el hombre es en realidad la separación del individuo con su propia esencia, ya que la religión y Dios son seres que tienen su fundamento en lo humano, es decir, el hombre es el origen de ambos. Por eso, la única forma posible de que Dios sea realmente opuesto al hombre, es la concepción de Dios como un ser no sensible, incorpóreo, inimaginable, es decir, un ser que es solamente objeto del entendimiento, concebido solo por abstracción y negación. En la abstracción, el ser humano representa su esencia, separada de los límites de la individualidad y la corporeidad, allí, objetiva su entendimiento, su inteligencia, a saber, su espíritu. El Dios abstracto o metafísico es el Dios del entendimiento, la esencia objetivada del entendimiento (Feuerbach, 2013). En la negación, el hombre elimina los antropomorfismos de Dios, en efecto, niega los límites que corresponden a la esencia humana, pues Dios no se compone de otras propiedades que no sean las antropológicas; se niega para así afirmar la perfección e infinitud en el ser divino. Por tales razones, Dios como ser abstracto, es la cúspide de la inteligencia humana, el hombre expresa su esencia razonable en Dios, de esa manera “Dios, se dice aquí, es una necesidad del pensamiento, un pensamiento necesario, el grado máximo de la facultad de pensamiento” (Feuerbach, 2013, p. 88). El entendimiento, al ser el espíritu del hombre, es una propiedad que tiene su cimiento en sí misma, es la autosuficiencia necesaria. Además, es el único ser independiente y autónomo, dado que no padece los sufrimientos subjetivos del corazón; él es el sujeto absoluto, bajo la perspectiva de la razón, analiza, piensa e investiga las cosas del mundo, las hace objeto de su raciocinio, o sea, necesariamente convierte en objeto las cosas exteriores a su ser, las percibe con la objetividad que solo la razón puede tener. Solo el entendimiento, constituye la unidad absoluta, solo él es, autosuficiente, sin igual que se le parezca o compare, fuente el mismo de comparación y ley dominante. Por ende, la razón es el ser

consciente de sí mismo, el ser que se objetiva a sí mismo. Así, Dios sería el grado máximo de la inteligencia humana (Feuerbach, 2013).

Dios abstracto según Feuerbach (2013) es imparcial, no percibe la diferencia entre el hombre y la naturaleza, considera con la misma objetividad hombres, animales, y cosas inertes, es decir, desde una perspectiva teórica y universal, de ahí que el entendimiento sea la total indiferencia e identidad de todas las cosas (Feuerbach, 2013). Por eso, el entendimiento de Dios en el cristianismo es considerado como la ley moral perfecta o ley personificada. En la ley, Dios invita al hombre a ser como él, le incita a la emulación. Dios es santo, el hombre debe serlo también, Dios es bondadoso el hombre debe buscar la bondad. Dios hijo ha sufrido por la humanidad, el hombre debe sufrir por el hombre. El sufrimiento y el dolor de Cristo es la ley del hombre cristiano. Pero el hombre no solo siente cierta obligación con la ley moral, sino que, termina por activar toda su voluntad para cumplirla, visto que es su Dios, la máxima expresión de su espíritu, quien le invita a ser de tal manera. La perfección de la ley moral es, entonces, un producto de la voluntad, ya que es el hombre cristiano quien accede a ella como mandato divino. Además, en la ley existe una contradicción del individuo con su propia esencialidad, pero esta última le es presentada como la esencia de un ser diferente: se pone en manifiesto lo que el hombre significa antropológicamente, en contraposición, con lo que debería ser, pues se señala al hombre como pecaminoso y lleno de maldad, mientras que la divinidad es la pura virtud.

La ley dice al hombre lo que él no es, por eso, este se siente oprimido, ya que el Dios abstracto del entendimiento solo le reprocha su esencia pecaminosa, es un Dios que no comprende las debilidades e imperfecciones del corazón, que solo adjetiva con el rigor de la objetividad de la ley, un Dios que solo lo juzga (Feuerbach, 2013). Por tal razón, un ser abstracto es un Dios insuficiente para la religión, ya que la inmaterialidad de su esencia provoca un descontento en el hombre, de esa forma, “la conciencia del ser moralmente perfecto, como conciencia de un ser abstracto, libre de antropopatismo, nos deja fríos y vacíos, porque la distancia, el vacío que sentimos entre nosotros y este ser es una conciencia insensible” (Feuerbach, 2013, p. 98). De ahí que se haga necesaria la emergencia de otra relación con la divinidad, una relación en la que Dios corresponda a la esencia del sentimiento; un ser que conozca las debilidades humanas y que salve al hombre de la ley moral.

2.6 Necesidad de un Dios personal

El hombre religioso, sostiene Feuerbach (2013), necesita un Dios que corresponda a la esencia de su corazón, que lo salve del pecado, un Dios que sea apacible e indulgente, que lo ame, perdone y no lo condene. Un ser divino que exprese la esencia de la religión, a saber, un Dios que se excite por el hombre, ya que se ha dado por seguro que el acto religioso es perteneciente solamente a la humanidad. Ese Dios únicamente es posible cuando el hombre es consciente de la esencia del corazón, del sentimiento y no solo de la razón. Así, el amor, es el Dios que se interesa exclusivamente por el hombre, que quiere todo lo bueno

para el hombre, que entiende las debilidades de la esencia humana, que es misericordioso y libera al hombre de la humillación en la ley moral. El amor solo significa la unión de lo humano con lo divino, de lo finito con lo infinito; convierte al hombre en Dios y a Dios en hombre (Feuerbach, 2013).

De lo anterior se concluye que el Dios del entendimiento es insuficiente para el hombre religioso, pues él, no puede perdonar sus pecados, ya que el perdón sería contrario a su esencia, a la objetividad de la razón. Por el contrario, el Dios del amor, es misericordioso y redime los pecados, visto que él no desconoce las debilidades humanas, su ser es sensible, y entiende el sentir humano, él se preocupa meramente por la humanidad.

Para analizar estrictamente la divinidad en la religión cristiana, Feuerbach estudia la trinidad concebida como padre, hijo y espíritu santo. Dios padre significa la conciencia, la auto suficiencia, el primer estado necesario de cada ente, ser de entendimiento y razón. Dios hijo significa el amor, el corazón, pues es él quien acompaña a Dios padre, es su existencia la que crea otredad en lo divino, es él quien permite el amor, es el principio de comunidad (Feuerbach, 2013), por consiguiente, el espíritu santo significa el amor mutuo que se presenta entre padre e hijo, es la unión entre dos seres divinos.

En consecuencia, Dios padre es objeto solo del entendimiento, su existencia está mediada por abstracción y negación. Su esencia manifiesta la objetividad de la razón y por ende, es la moralidad perfecta, la ley. Aquí, el hombre se humilla y se oprime porque Dios le señala, a través de la ley, lo imperfecto, limitado y pecaminoso que es intrínsecamente, condenándolo. Dios hijo es objeto del sentimiento, es la esencia del corazón humano, su existencia es real, es un Dios sensible. Su esencia manifiesta el amor humano, él libera al hombre de la ley moral, comprende las necesidades humanas porque él mismo es un hombre, siente porque es un Dios de carne y sangre (Feuerbach, 2013).

El Dios hijo es la figura más importante de la trinidad cristiana, él es el verdadero Dios del cristianismo, es quien une al hombre con Dios, es la esencia divina con forma humana. Cristo representa el amor profundo que Dios tiene hacia el hombre, en otras palabras, el amor del hombre hacia sí mismo. El amor humano es el verdadero redentor del hombre. En efecto, para Feuerbach (2013) el amor no es Divino porque Dios lo contenga, sino que Dios es divino porque contiene al amor. Esto señala, abiertamente que una propiedad antropológica hace divino a Dios, pues el amor es una energía, así “aparece de esta manera que el amor en Feuerbach no es, primaria y radicalmente, una acción que surge de la subjetividad humana, sino una energía que domina sobre el hombre y lo impulsa al acto amoroso completo” (Cabada, 2013, p. 18). El amor domina a Dios, un amor que Dios siente por el hombre, que nace de la misericordia que Dios siente por la miseria humana, más aun, el amor domina con su propia divinidad. Por eso, en su encarnación, Dios se humilla a sí mismo por amor al hombre y al renunciar a su divinidad, desciende hacia el estado mortal del individuo, se humaniza. Solo por el amor, por amor al hombre, Dios se hace hombre a sí mismo, pues el amor no diferencia entre la personalidad divina y la humana (Feuerbach,

2013). La encarnación significa para Feuerbach (2013) la mayor prueba de que el cristianismo es la religión más humana que existe y que el misterio de la teología cristiana no es más que la antropología, pues en esta, la divinidad tiene un hijo, es decir, Dios no desconoce las relaciones humanas, Dios posee un corazón psíquicamente, aunque, carezca del mismo anatómicamente.

2.7 Amor humano. El nacimiento de Cristo

El amor vence a Dios padre, pues él envía a su hijo para que redima los pecados, para que salve a la humanidad. Es a Cristo a quien se atribuyen todos los sentimientos de miseria, su figura significa el dolor del inocente, representa el desconsuelo más profundo porque es el hombre sin pecado, el Dios crucificado, el padecimiento voluntario. El Dios del cristianismo es un Dios que sufre. De ahí que Feuerbach sostenga que el mandamiento supremo del cristianismo es el sufrimiento (2013). Pero no sufrir por sí mismo, o, el padecimiento propio, sino que es el sufrir por el otro, el padecimiento por los demás, lo que hace, a su vez, divino el sufrimiento: “Dios sufre -sufrir es el predicado-, pero por los hombres, por otros, no por sí. ¿Qué significa esto en alemán? No significa otra cosa sino que sufrir por otros es divino” (Feuerbach, 2013, p. 111).

El sufrimiento es una expresión divina. Dios ha sufrido por mí, dice el hombre religioso, debo hacer lo mismo se repite. En efecto, sufrir se convierte en el ejemplo que la religión quiere dar al hombre, así lo manifiesta Bernardo padre de la iglesia: “la religión habla con ejemplos. El ejemplo es la ley de la religión. Lo que Cristo ha hecho es la ley. Cristo ha sufrido por nosotros: debemos hacer los mismo. <<¿por qué Cristo debía empobrecerse, humillarse, sino para que vosotros hicierais otro tanto?>>” (citado por Feuerbach, 2013, p. 111). Con todo esto, Cristo, el Dios humano, es no solamente el descenso de Dios hacia el hombre, sino, al mismo tiempo, la elevación del hombre hacia Dios (Feuerbach, 2013). En Cristo se concentra la religión, él es el objeto inmediato del hombre religioso, es a él a quien se dirigen todas las plegarias, es el Dios hombre quien cumple los ruegos del religioso. Pero ¿por qué la segunda persona en la divinidad es más trascendente que la primera? Por la carne y la sangre. Dirá Feuerbach “A los hombres, en cuanto seres de ánimo y sensibilidad, los domina y hace feliz sólo la imagen (2013, p.125). La única forma posible para que el hombre se represente la realidad es a través de la imagen, así, el Dios hijo es la necesidad satisfecha que tiene el hombre de ver en imagen la esencia divina, es decir, el Dios abstracto e inmaterial que es el padre se transforma en la imagen sensible del hijo, y así es objeto no del frío entendimiento sino de los sentidos y de la imaginación. Cristo es la imaginación visible, esencia objetivada de la imaginación (Feuerbach, 2013). Por ello, en el cristianismo, Cristo ocupa el lugar más importante, es el verdadero Dios.

Cristo es el Dios personal, el Dios inmediato en quien el hombre piensa cuando piensa en Dios, a quien pertenece la imagen, de igual manera, es el objeto inmediato de la oración. Es Cristo quien escucha al hombre, quien entiende el sentimiento humano, es un Dios dulce y redentor. Por eso, la oración se dirige a él, pues Dios es un ser totalmente influenciado en

la oración, en ella el hombre hace partícipe a Dios de sus miserias, lo involucra en su grito de dolor, por cierto, ¿quién más indicado para escuchar el dolor del hombre que aquel que sufrió por su miseria? ¿quién podría escuchar mejor que aquel que tiene oídos humanos? La oración tiene como base el instinto del hombre, en la capacidad en la que se irgue la cultura humana, a saber, la palabra (Feuerbach, 2013), pues a Cristo no solo pertenece la imagen, sino que, de igual manera, corresponde el logos; la palabra divina se expresa a través de su ser, él es el Dios que el hombre puede escuchar. En la oración el hombre atestigua la exteriorización de su pensamiento, exterioriza la imagen, expresa sus secretos de dolor, sus deseos más íntimos, aquello que sólo Dios puede concederle.

2.8 La oración. Acto esencial de la religión

En la oración el hombre pone toda su fe, toda su creencia para afirmar la voluntad perfecta que tiene Dios. Así es como asegura el cumplimiento de sus deseos, visto que el hombre expresa los secretos que le oprimen, confiesa sus intenciones más internas, con la plena seguridad que serán cumplidos por la mera voluntad del todo poderoso. Dicha certeza recae en la providencia la cual se entiende como la creencia en la voluntad divina y, por ende, una voluntad sin límite, una voluntad que interrumpe las leyes de la naturaleza y que está en capacidad de lograr lo que no puede hacerse en el mundo material, una voluntad que hace milagros. La creencia en la providencia es la creencia en el milagro, ambos son totalmente inseparables (Feuerbach, 2013). En la providencia el hombre se hace consciente de que el autor de su propia existencia es él mismo, quien ha creado el mundo a partir de la nada. Tal creación es el primer milagro de la historia, es el milagro por el que se justifican los demás milagros, por ello para Feuerbach (2013) quien ha creado el mundo de la nada puede hacer infinidad de milagros.

Para Feuerbach (2013) la providencia no expresa otra cosa que no sea el convencimiento del hombre en cuanto al valor infinito de su existencia, ella es la preocupación del hombre por su yo mismo. La creencia en la voluntad divina representa el deseo del hombre de objetivar la esencia de la voluntad humana. De hacer de la voluntad del hombre una voluntad divina, perfecta y sin ningún límite natural o razonable, pues la creencia en el milagro es el sometimiento que el individuo hace a la naturaleza, en este, se elimina el mundo que implanta límites a la esencia humana; de ahí que el mundo o la naturaleza en el cristianismo no tengan un principio en sí mismos, no existen por causa propia, sino que son obra y gracia de Dios, es la palabra y la voluntad de Dios las que propician la existencia del universo.

La doctrina de una creación del mundo, o sea, la creación ex nihilo, es tomada de la religión monoteísta más antigua que existe, a saber, el judaísmo. En esta religión se realiza una separación entre la naturaleza y Dios. Esto, según Feuerbach (2013), no sucedía con el politeísmo en la religión pagana, en la cual no se diferencian Dios y la naturaleza; para el

paganismo, lo divino, el cosmos y el mundo, son el mismo ser. Allí, se le da una actividad autónoma a la naturaleza. El judaísmo, por el contrario, no otorga una autonomía a la naturaleza, sino que todo lo existente es obra de Dios, producto de una orden de Jehová.

La diferencia esencial entre paganismo y judaísmo radica, para Feuerbach (2013), en su diferente forma de percibir la naturaleza. El hombre pagano tiene una intuición sensible del mundo, percibe la realidad en sí misma, contempla la naturaleza y se relaciona con ella, tiene una actitud teórica frente al mundo, por ello, atribuye autonomía al universo. Mientras que el hombre del judaísmo interpreta la naturaleza a partir de sí mismo, en relación únicamente con la necesidad humana y en conveniencia exclusiva con Israel. El utilitarismo es el principio máximo del judaísmo (Feuerbach, 2013). Entonces, la intuición que se tiene de la naturaleza es práctica y egoísta, visto que sirve únicamente a los intereses nacionales de Israel. Los milagros son los actos benéficos y provechosos para Israel. El principio práctico es la percepción egoísta que tiene el hombre para interpretar la naturaleza bajo la total subjetividad, es decir, atribuir arbitrariamente las acciones naturales (agua que se separa, sol que sale) a una divinidad creada por sí mismo y llena de voluntad para brindar al hombre lo más benéfico para su ser. Por lo anterior, la creación del mundo a partir de una nada es para Feuerbach (2013) el producto del egoísmo absoluto, un egoísmo que recae en Israel.

En consecuencia, la conciencia religiosa está sumida en los límites de Israel, su egoísmo e interés nacional. Feuerbach (2013) argumenta que el cristianismo transforma la conciencia religiosa del israelita en la conciencia subjetiva del hombre cristiano. Se omite el egoísmo nacional para dar paso a un egoísmo antropológico. De esa manera,

El cristianismo ha espiritualizado el egoísmo del judaísmo elevándolo a la subjetividad –aunque dentro del cristianismo esta subjetividad se exprese de nuevo como egoísmo puro-; esta exigencia de felicidad terrena que era el fin de la religión israelita se ha transformado en deseo de bienaventuranza celestial que es el fin del cristianismo (Feuerbach, 2013, p. 168).

Así, el hombre cristiano adopta la actitud práctica del hombre judío. Por eso, también tiene una intuición egoísta del mundo, lo interpreta solo para sí mismo, lo interpreta con la subjetividad absoluta, ya que el límite nacional del judío se convierte en el egoísmo del sentimiento humano.

Cristo es el Dios del sentimiento, es amor, es la autosuficiencia del sentimiento humano (Feuerbach, 2013). Es a él a quien el hombre confía sus suplicas, es el corazón humano con esencia divina. Es a Cristo a quien el hombre sacrifica la naturaleza, él es la certeza de que la providencia divina sobrepasa las leyes naturales, la objetividad de la razón. Y es precisamente por eso que es objeto del sentimiento y la imaginación. En efecto, en la oración el hombre elimina el mundo, niega las leyes naturales y se regocija en la fe. El objeto

característico del cristianismo es la fe y, esta a su vez, es inseparable del milagro, ya que este es la mayor expresión de la providencia.

El milagro sobrepasa la razón, pues es la efectividad sin límites, siempre se refiere a las cosas que contradicen la naturaleza (Feuerbach, 2013). Por eso, cuando el hombre tiene fe, existe una inevitable negación de su ser, es decir, se aparta de la esencialidad humana, a saber, del entendimiento, la razón, de su espíritu. La fe no diferencia entre la objetividad y la subjetividad, por eso en ella el hombre proyecta su voluntad como voluntad divina, para así alcanzar y conseguirlo todo, para negar su esencia limitada y al mismo tiempo afirmarla como esencia infinita. En la fe el hombre es quien desea, el hombre es Dios (Feuerbach, 2013), por ello, todo lo que se desea en la fe es aquello que escapa a la posibilidad del mundo. El milagro es el deseo sobrenatural o antinatural realizado, por eso, se diferencia en absoluto de la razón porque contradice el orden natural. Quien convierte el agua en vino contradice decididamente la naturaleza, ya que agua y vino son dos elementos que tienen un principio de diferenciación congénito, pues de lo contrario el agua sería vino y el vino sería agua. Sin embargo, la providencia se manifiesta para hacerlo realidad. El milagro es objeto del sentimiento y la imaginación, no del entendimiento, no de la razón. En la imaginación, el hombre se desencadena de los límites sensibles, suprime la naturaleza para afirmar su sentimiento, así “el hombre subjetivo no se rige por las aburridas leyes de la lógica y la física, sino por la arbitrariedad de su imaginación; elimina lo desagradable de una cosa, y mantiene lo agradable” (Feuerbach, 2013, p. 183). El hombre cristiano, que adopta el egoísmo judaico y lo transforma en egoísmo antropológico, vive paralizado en el sentimiento y la imaginación, se representa el mundo sobrenatural como el mundo verdadero y objetivo y, en cambio, representa la realidad objetiva como lo mero imaginado (Feuerbach, 2013).

2.9 La religión. Negación de la naturaleza

La ley del cristianismo es la subjetividad absoluta; el punto de vista esencial del hombre cristiano es el práctico, en este, el hombre actúa predeterminadamente en función de fines físicos y morales (Feuerbach, 2013). El cristiano no percibe el mundo en su realidad objetiva, sino que lo intuye con la subjetividad del sentimiento y la imaginación. Lo que para Feuerbach (2013) es una total contradicción, ya que el hombre encuentra la verdad solamente en la realidad objetiva, puesto que la existencia es el concepto primitivo de verdad. En consecuencia, el cristiano niega la objetividad del mundo con la actitud subjetiva, interpretando la realidad a su conveniencia, es decir, alterando las leyes naturales con la inmensa fe en el milagro.

El cristianismo señala como pecaminoso y malvado al ser humano, pero al mismo tiempo es la religión que más resalta la salvación y la redención del hombre. En consecuencia, la actitud práctica que el hombre cristiano tiene para suprimir las leyes naturales y, en cambio, afirmar la fe en la providencia, son el camino para la salvación y la felicidad propia. El hombre religioso tiene la ley de la subjetividad por la cual trasfiere por mera arbitrariedad

divina los efectos de la naturaleza en efectos de Dios. Así, la religión que no tiene otro testimonio de la naturaleza que el registro de la intuición sensible, invierte el testimonio de los sentidos, es decir, los efectos naturales en efectos originarios en Dios. La visión religiosa transforma lo incontestable de las cosas en efectividad de Dios (Feuerbach, 2013). Dios es la satisfacción de las necesidades prácticas, es el cumplimiento de los deseos del hombre. En el milagro, el hombre no solamente desea cosas espirituales, así mismo, desea cosas sensibles, entes naturales que no ha podido conseguir por su propio mérito. Es la incapacidad humana el detonante para que el individuo se entregue a la fe en el acto de oración, para que exteriorice su esencialidad en la esencialidad de Dios. El hombre renuncia a su fuerza física y moral para subscribirse a la voluntad perfecta e infinita de Dios, de tal modo que “por el milagro el hombre somete la naturaleza a sus fines, como si fuera por sí misma una nulidad de existencia; el milagro es el grado supremo del egoísmo espiritual o religioso” (Feuerbach, 2013, p. 240).

Así, la religión no sabe absolutamente nada de la realidad objetiva, pues su visión de la misma es totalmente antinatural. Se decide a transformar, sin ningún fundamento, la verdadera esencia del universo y de la humanidad, en una esencia milagrosa y sobrenatural (Feuerbach, 2013). La realidad objetiva que considera la naturaleza en sí misma es objeto únicamente del ojo teórico, o sea, es la actitud teórica-investigativa la que considera el mundo en sí. Pero, ya se ha dicho que el hombre necesita un Dios no del entendimiento sino del corazón, un ser divino que comprenda su sentimiento, un ser en que él pueda negar la realidad objetiva del mundo. Por eso, el hombre religioso, que por esencia tiene el ojo teórico, sitúa fuera de sí mismo tal esencia, ya que esta no le dice otra cosa que lo imperfecto de su ser, lo incapaz que él es.

Por consiguiente, en la religión el hombre proyecta su esencia en la esencia de Dios, es decir, omite la razón y la naturaleza para afirmar al sentimiento y a Dios, pues toda su actividad consciente es absorbida por la actitud práctica de la subjetividad. La carencia de objetividad o de contenido real es reemplazada por lo práctico de Dios, por lo irracional de la fe. Por eso, el hombre que ora realiza una negación del mundo, la naturaleza es como una nada para él, a través de la fe y el milagro domina las leyes de la naturaleza. En cambio, el hombre que no ora afirma la naturaleza al transforma los deseos alcanzables en fines de la actividad y fuerza humana, él cree conseguirlo todo en el mundo, dado que los deseos inalcanzables simplemente los reprime. El hombre que ora se desencadena del mundo, el hombre que no ora sigue atado a sus límites.

La religión cristiana se caracteriza por la salvación del hombre, es decir, es una relación del hombre con su propia redención, con su propio yo, en esto radica, según Feuerbach (2013), la verdad del cristianismo. Sin embargo, existe una contradicción con dicha verdad. Dios le es presentado al hombre como la esencia de un ser diferente de sí mismo, un ser que no solo se diferencia en esencia, sino que se encuentra en una total oposición con lo humano, visto que él es un Dios perfecto e infinito. Entonces, la contradicción religiosa consiste en lo

siguiente: la religión es la relación del hombre con su propia esencialidad; pero esta esencia es presentada por la religión como la esencia de un ser diferente y opuesto al hombre. Dicha contradicción se presenta porque la teología ignora que es el hombre quien da origen a Dios con la objetivación de sus propiedades antropológicas.

La religión en su concepto originario toma la esencia humana y la presenta como la esencia de otro ser, sin tener presente que lo que diferencia al hombre de Dios es lo mismo que lo identifica con él, por eso según Feuerbach (2013), es una percepción infantil e ingenua de la religión. En dicha percepción Dios y hombre se distinguen cuantitativamente, es decir, solamente los diferencia los grados que se identifican en la finitud e infinitud de lo humano y lo divino, pues siguen siendo las cualidades antropológicas las únicas pensadas. Pero esa percepción en inicio involuntaria e infantil que separa y opone a Dios y hombre, se convierte en distinción reflexiva y sabia según Feuerbach: “cuando la religión se convierte en teología, entonces la separación de Dios y del hombre, primitivamente involuntaria e inocente, se convierte en una diferenciación deliberada, erudita” (2013, p. 243), es decir, cuando se despierta la reflexión sobre la religión, inicia el crepúsculo de la identidad entre la esencia humana y la divina, se establece una escisión no solamente cuantitativa sino cualitativa, o sea, Dios posee cualidades totalmente diferentes a las humanas. En consecuencia, la teología convierte el ser divino en un ser exterior al hombre, la esencia divina se compone de cualidades distintas a las humanas, es decir, Dios tiene una existencia independiente del hombre. En efecto, el primer modo conceptual con el que la teología opone la dos esencias, tiene lugar cuando la existencia de Dios es objeto de una prueba formal (Feuerbach, 2013), es decir, cuando surge la exigencia de una prueba real de la existencia de Dios.

2.10 La contradicción en la esencia y existencia de Dios

En la insistente pretensión que tiene la religión por exteriorizar la esencia del hombre, para presentarla como la esencia de un ser autónomo e independiente, la existencia de Dios debe distinguirse de la humana, de ahí surge la necesidad de una prueba formal. Pero, según Feuerbach (2013) las pruebas de la existencia de Dios son una total contradicción para la esencia divina, ya que el ser supremo y perfecto que es Dios no puede estar privado de la felicidad de existir. En efecto, si el hombre percibe a Dios como el ser absoluto y perfecto y lo más supremo que pueda pensar; a quien sacrifica lo más estimable y de valor, es una rotunda contradicción que se perciba el carácter de la existencia separado del ser de la divinidad. Entonces, la contradicción en primera instancia se nota una vez el hombre piensa la existencia de Dios separada de las demás cualidades perfectas que este posee.

Entonces, la distinción esencial que se realiza entre lo humano y lo divino, la cual otorga a Dios unas propiedades disímiles a las humanas, desemboca necesariamente en que la existencia de Dios sea indiferente al hombre, así por ejemplo Dios es: “un ser fuera de nosotros, en una palabra, no es solo fe, sentimiento, pensamiento, sino también un ser real, diferente de la creencia, del sentimiento, del pensamiento” (Feuerbach, 2013, p. 45), pero la única manera posible en que Dios es un ser independiente a la creencia, el sentimiento y

el pensamiento es Dios como ser sensible y corpóreo. Sin embargo, Dios no es escuchado, visto o sentido sensiblemente, o sea, no tiene una realidad material; no cumple la exigencia de la realidad sensible, por eso, dice Feuerbach (2013), Dios termina siendo una existencia sensible que carece de todas las determinaciones de la sensibilidad, una realidad sensible que no es sensible; una existencia ausente, una absoluta contradicción y total falsedad.

En consecuencia, la existencia de Dios que es indiferente del sentimiento y pensamiento, debería ser una existencia sensible, pero se observa que dicha existencia no se manifiesta materialmente; es una contradicción. Ahora bien, según Feuerbach (2013), una existencia ausente para los sentidos solo tiene lugar en la imaginación, esta es la única que resuelve la contradicción de una existencia simultáneamente sensible y no sensible.

La imaginación es la morada de la prueba formal de Dios, pues solo en ella tiene existencia la objetivación de la esencia del hombre para después convertirse en la esencia de un ser diferente, opuesto e independiente del sentimiento y pensamiento. Además, es en la imaginación donde Dios contiene todas las propiedades humanas, pero en un grado infinitamente más alto. Así, el hombre religioso de quien ya se dijo, vive paralizado en la actitud práctica y subjetiva; se siente feliz y pleno en la imaginación, pues en ella cumple todos sus deseos.

Entonces, la prueba formal de la existencia de Dios, considerada como una existencia indiferente del hombre, desemboca en la exigencia de una personalidad en Dios, es decir, él debe poseer una existencia real pero que se diferencie de la existencia sensible, de igual manera que, posee unas propiedades antropológicas pero que en él son las propiedades de otro ser; ostenta un entendimiento pero no el entendimiento humano, Dios oye y escucha pero lo hace de una manera diferente a la humanidad, lo que sigue siendo una contradicción y falsedad en la esencia y existencia de Dios.

Conclusiones.

Según lo expuesto en el presente artículo, lo primero que se evidencia a partir de lo dicho en el primer apartado, es la notable elección que Feuerbach tiene por la postura de Schleiermacher respecto de la religión, al definirla como un asunto de plena subjetividad donde solo el sentimiento es el órgano esencial de la religión. En efecto, Feuerbach rechaza la postura hegeliana que pretende una reflexión racional acerca de la religión, al igual que contraría la conceptualización de la esencia de Dios. Sin embargo, en la investigación que se realizó, se identifica que algunos presupuestos feuerbachianos tienen una viva influencia hegeliana, así, por ejemplo, la conciencia que es el concepto fundamental para la fundación de la religión según Feuerbach, tiene cierta similitud con el concepto de conciencia en la filosofía hegeliana en tanto que los dos filósofos caracterizan la caracterizan como idiosincrásica del hombre y hacen depender la religión de dicho concepto. Así, la conciencia en primer momento es el carácter diferenciador entre hombre y animal, además, desde lo propuesto por Feuerbach, el hombre en la religión se libera de los límites particulares para

ser consciente de la universalidad u objetividad del género que se contrapone a su esencia finita, lo que tiene cierta cercanía con la definición que Hegel ofrece sobre la sensación religiosa, según la cual el espíritu consciente de su subjetividad, debe liberarse de los límites subjetivos para contener lo objetivo o sustancial. Pero, como ya se sabe entre estos dos autores existe una discrepancia importante que se remite a la racionalización del sentimiento o sensación religiosa.

En consecuencia, se hace mucho más notable la influencia que tiene Schleiermacher sobre Feuerbach, pues aquel hace depender la religión exclusivamente del sentimiento humano, argumentando que esta es una realidad autónoma de cada persona. En efecto, Feuerbach presenta el sentimiento como el verdadero Dios del hombre; exalta el campo de la subjetividad en la religión, pues Dios es el yo exteriorizado del hombre, es la humanidad quien da origen a la divinidad en su afán de perfección e infinitud, por eso, en la esencia de Dios la humanidad es un predicado cardinal; Dios no existe fuera del concepto de hombre (Feuerbach, 2013). La máxima expresión en la que Feuerbach se deleita para hablar del sentimiento es Cristo, el Dios hombre es la mayor prueba de que la religión es un asunto netamente humano; es la muestra fehaciente de que la esencia de la religión se condensa en la antropología. Además, la figura de Cristo representa una divinidad que se acomoda a todos los deseos y pretensiones que el hombre expresa en la oración; es un ser que expresa la esencia objetivada del sentimiento. Así, el hombre en la religión se halla en la imaginación y el sentimiento, en contravía, con la objetividad de la razón, pues este vive sumergido en la actitud práctica en la que el mundo es una nada en sí mismo, visto que altera todas las leyes de la lógica por medio de la fe en el milagro, es decir, el hombre afirma a Dios en la religión al mismo tiempo que niega la naturaleza.

En definitiva, para Ludwig Feuerbach, la esencia y existencia de Dios depende absolutamente de la existencia humana; si el hombre consiguiera todo lo que quiere, él mismo sería un Dios (Feuerbach, 2013), por eso la divinidad es el deseo más profundo. Así mismo la religión tiene origen en la conciencia del hombre sobre su existencia imperfecta y limitada; surge tras la objetivación de las cualidades esenciales de la humanidad. Por eso, es una contradicción percibir a Dios como un ser extrahumano o sobrenatural, al igual que, definir la religión como la creencia en un Dios todo poderoso, pues en la religión el hombre solo cree en sí mismo, solo se relaciona con su esencia, Dios es el hombre mismo.

Referencias.

- Eliade, M. (1999). *Las religiones mesopotámicas, en Historia de la creencia y las ideas religiosas I*. Paidós.
- Feuerbach, L. (1993). *Pensamientos sobre muerte e inmortalidad*. Alianza
- Feuerbach, L. (2005). *La esencia de la religión*. Páginas de espuma.

Feuerbach, L. (2007). *Escritos en torno a la esencia del cristianismo*. Tecnos.

Feuerbach, L. (2013). *La esencia del cristianismo*. Trotta.

Gil Martínez, J. (2016) *Recepción y crítica del pensamiento filosófico de Ludwig Feuerbach*.
10.1590/0100-512X2016n13408jgm

Lutero, M. (2001). *A la nobleza cristiana de la nación de Alemania acerca de la reforma de la condición cristiana, en Escritos políticos*. Tecnos.

Schleiermacher, F. (1990) *Sobre la religión*.
<file:///C:/Users/HP/Downloads/Friedrich%20Schleiermacher%20-%20%20Sobre%20la%20religi%C3%B3n%20-%20Tecnos,%201990.pdf>.

Hegel, F. (1984). *Lecciones sobre filosofía de la religión*. I (lección de 1824) Alianza.